

José Medina Echavarría. **Un recuerdo**

Victor L. Urquidi

CONOCÍ A JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA en 1943, en El Colegio de México. Lo vi por última vez en Madrid, en el vestíbulo del Hotel Wellington, un año antes de su muerte. En ese espacio tuve muchas oportunidades de tratarlo, en el plano profesional y en el personal, en México, en Santiago y en diversos otros lugares donde coincidimos en seminarios y conferencias internacionales. No voy a intentar evaluar su obra como sociólogo y humanista, sino que haré algunos recuerdos de lo que para mí significó Pepe Medina.

En 1943, El Colegio de México puso en marcha un Centro de Estudios Sociales, idea que don Daniel Cosío Villegas concibió, creo, junto con Medina Echavarría. A don Daniel le había impresionado mucho el enfoque interdisciplinario, en estudios sociales, de la Universidad de Chicago, y estoy seguro de que Medina lo conocía y por ello se entusiasmó cuando Cosío decidió la creación de ese Centro, cuya dirección se encargó al propio Medina. No dudo que en la experiencia española de preguerra se habría considerado algo similar, que ambos conocían. El caso es que a mí me invitó Medina, a propuesta de don Daniel, a impartir el curso básico de economía en el primer semestre del programa del Centro. El programa suponía ocho semestres, equivalentes a una licenciatura, con materias de economía, sociología, ciencia política, historia y otras, apoyado además en diversos seminarios, todo ello precursor de lo que sería en los años sesenta el programa del Centro de Estudios Internacionales. El Colegio no tenía entonces la facultad de otorgar títulos universitarios, de manera que los estudiantes del Centro mantenían a la vez su

inscripción en la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde al fin se recibirían, pero su participación en el curso les daría una preparación superior y, además, más amplia.

Trabajaba yo en el Departamento de Estudios Económicos del Banco de México, pero robando un poco de tiempo podía yo ir a dar mi clase tres veces por semana en El Colegio, en Pánuco 63, y con frecuencia volvía en las tardes, simplemente a conversar con los demás profesores y con los alumnos, y con Medina. Las orientaciones de Medina eran bastante sencillas y leves: nos recomendó leyéramos dos tomos de la *Introducción a las ciencias sociales*, de la Universidad de Chicago, hiciéramos trabajar con abundantes lecturas a los estudiantes, y ofreciéramos además un seminario en que se pudieran tratar problemas de la realidad.

Aparte de dedicarme con empeño a mi curso, me estimuló mucho el trato con Medina, así como con los profesores Manuel Pedroso, Vicente Herrero, Ramón Iglesia y otros de la emigración republicana española que colaboraban en este primer intento de El Colegio de abordar la formación multidisciplinaria de jóvenes estudiantes. De Medina, quien traducía en esos tiempos a los sociólogos alemanes —Weber, Mannheim, por ejemplo— aprendí a reforzar lo poco que absorbí de aspectos sociológicos de la economía durante mis estudios en la Escuela de Economía de Londres. Me impresionaba mucho a la vez que Medina estaba enteramente al corriente del pensamiento económico neoclásico reciente y que había leído y entendido a Keynes. De esto hablábamos mucho, pues su conocimiento de los escritos de Keynes era superior al de muchos economistas locales. Las discusiones sobre planificación eran frecuentes, como consecuencia de la *Teoría general keynesiana*, de las obras de Schumpeter y otras. Las charlas con Medina eran siempre amenas y salpicadas de humor e ingenio de su parte. Para mí fue un gran aprendizaje —un posgrado “informal”, como lo fue el tratar con un grupo excepcional de estudiantes, con quienes compartíamos nuestras discusiones. Se formaba ya en esa época ese *ethos* de El Colegio, que tenía su paralelo en los seminarios de Silvio Zavala y de José Gaos —aparte del frecuente contacto con Alfonso Reyes, con don Daniel, Javier Márquez y varios colaboradores del Fondo de Cultura Económica, que compartía las modestas oficinas de esa absurda casa de Pánuco 63 (con una imprenta en la planta baja, por añadidura).

Los estudiantes, unos 15 o 17, habían sido seleccionados por Medina y Cosío Villegas, y tenían interés, cada uno, en alguna disciplina particular. Por ejemplo, Juan F. Noyola se había inscrito en la Escuela Nacional de Economía, aunque su interés primordial parecía ser la filosofía; creo que me tocó dar a Juan su primera clase de esa ciencia abstracta imperfecta, la economía. Entre otros centrados en la economía estaban Héctor Hernández Cervantes, Rafael Urrutia Millán, Estela y Lucila Leal Carrillo, y dos españoles, Carlos Muñoz y Enrique Vilar. Con interés en la sociología participaban Catalina Sierra, Dolores González Díaz Lombardo, Moisés González Navarro, Donaciano González y algún otro. Cuentan que por poco vinieron a estudiar al Centro, Ernesto Fernández Hurtado y Luis Echeverría, que habían sido compañeros de preparatoria de algunos de los anteriores. Los estudiantes se dedicaban a tiempo completo y cobraban una pequeña beca de El Colegio. Yo mismo recibía 300 pesos mensuales de una ventanilla del Banco Nacional de Comercio Exterior —una compensación bienvenida, por los bajos sueldos profesionales de entonces.

El Centro de Estudios Sociales llegó a duras penas al final de su primer y único ciclo de cuatro años. El Colegio se mudó a la calle Sevilla, a una casa que decían había sido, en su encarnación anterior, *non sancta*. Allí tratábamos más bien con Alfonso Reyes —pues Daniel Cosío estaba, me parece recordar, en otras actividades, principalmente el Fondo de Cultura Económica. Departábamos mucho, también, con Francisco Giner de los Ríos, el bibliotecario de El Colegio. Creo haber dado mi último seminario en 1945, y en 1946, último año del programa, no recuerdo haber estado con los alumnos. Ni siquiera recuerdo haber hablado con Pepe Medina en esos últimos días del Centro. Sin duda que él había perdido algo de interés en El Colegio, y don Alfonso no pensaba en que se estableciera una segunda promoción en Estudios Sociales, tal vez por falta de apoyo presupuestal. Yo mismo me desligué de El Colegio en esa época, pues mi trabajo permanente era en el Banco de México, y en 1947 se me encargó un viaje alrededor del mundo para estudiar el mercado de la plata y sus perspectivas. En octubre de 1947 me fui a trabajar por dos años al Banco Mundial en Washington. No supe bien a dónde había ido a parar Medina Echavarría, tal vez a Puerto Rico hacia 1948, a la Universidad en su sede de Río Piedras.

Lo cierto es que Medina también tuvo contacto con el Banco

de México, pues allí, influidos por don Daniel y por el ambiente de El Colegio, se organizó, con la autorización del Director General, don Eduardo Villaseñor, un pequeño grupo de estudios sobre la posguerra. Ya había pasado la Conferencia de Bretton Woods, a la cual asistimos Daniel Cosío y yo en la delegación encabezada por el licenciado Eduardo Suárez, secretario de Hacienda y Crédito Público. Nos pusimos entonces a estudiar las propuestas de Dumbarton Oaks, que fueron la base de la Carta de las Naciones Unidas aprobada en la Conferencia de San Francisco. De nuestras discusiones en pequeño grupo en el Banco salió un espléndido libro escrito por José Medina: *Consideraciones sobre el tema de la Paz*, que el Banco de México editó. Por otra parte, en El Colegio habíamos tenido dos grandes seminarios, uno sobre la posguerra, precisamente, y otro sobre América Latina. En el primero había participado Medina Echavarría con su *Prólogo al estudio de la posguerra* (serie Jornadas, núm. 1, El Colegio de México), así como en la fallida charla radiofónica sobre “La nueva constelación internacional” (que se incluyó, señalando las partes censuradas, en la Jornada 10, *La Posguerra*, pp. 109-121). ¡Ni qué decir que Pepe Medina nos ampliaba constantemente el horizonte con su sabiduría!

Durante su estadía en Puerto Rico, Medina y yo nos carteamos. No parecía estar muy contento en ese ambiente y anhelaba algo “más latinoamericano”. Un chileno, Jorge Ahumada, economista y medio sociólogo lo había conocido, y posteriormente le propuso fuera a trabajar a la CEPAL en Santiago. De esto me enteré y creo haber escrito a Raúl Prebisch sobre el particular. Cuando, estando yo al servicio de la CEPAL en México, desde fines de 1951, fui a Santiago de Chile en septiembre de 1952 a colaborar en un estudio, Pepe Medina ya estaba allí, y se ampliaba el horizonte de la propia CEPAL con los aspectos sociológicos del desarrollo latinoamericano, a través de estudios de circulación interna principalmente. En 1955, en Bogotá, en la conferencia bienal de la CEPAL a nivel de gobiernos, se logró al fin que se aprobara una resolución —en cuya redacción me tocó parte, en abierto enfrentamiento con el delegado norteamericano— por la que se autorizaba formalmente a la CEPAL a tratar los aspectos sociales del desarrollo y a crear una sección o unidad en la Secretaría, en Santiago, para hacer los estudios correspondientes. De hecho éstos estaban ya bastante avanzados, y cuando la CEPAL presentó a la siguiente conferencia bienal, en La Paz, su *Estudio*

del desarrollo de Bolivia, varios de los capítulos incorporados sobre la obvia problemática del país venían de la pluma de Medina Echavarría. Siguen siendo pertinentes, y recomiendo mucho su lectura, sobre todo a los economistas de nueva escuela formalista de equilibrio general. Por algo la CEPAL reconocía los problemas “estructurales”, no todos económicos. A la vez, en esos tiempos, la voracidad de lector de Medina continuaba. Su mesa en la CEPAL estaba siempre atiborrada de los más recientes libros, en varias lenguas, sobre su temática preferida. Y seguía escribiendo, como antes.

Vino a México varias veces, a seminarios o en vacaciones. A principios de los años sesenta convertí en libro un ciclo de conferencias sobre el desarrollo de América Latina, incluido un capítulo sobre los aspectos sociales del fenómeno, cuya inspiración seguía yo debiendo a Medina. En cuanto se publicó se lo mandé, y a las pocas semanas lo pudimos discutir —lo había leído, subrayado y comentado como nadie. Fue el mejor conjunto de comentarios que recibí, por no decir casi el único —pues, como es sabido, en América Latina nadie lee, y los que leen “ningunean” el trabajo de los demás.

Medina seguía su camino, más intensamente en el ILPES, en los cursos sobre planificación, que en la CEPAL, pero era un consejero admirado de Raúl Prebisch y de sus sucesores en la CEPAL. Al cabo CEPAL e ILPES eran la misma cosa.

En 1966 pasé por la CEPAL en Santiago, sin que faltara la larga charla con Medina; estaba yo entonces ayudando a la creación del CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), que al fin nació en Bogotá en 1967, con el apoyo de Gino Germani, Aldo Ferrer, Enrique Oteiza y muchos más, entre ellos Medina Echavarría. En años subsiguientes fui a varias reuniones del CLACSO, y después viajé menos a Sudamérica. Un día me enteré de que Medina, cuya edad de jubilación en el sistema de las Naciones Unidas se iba aproximando, quería dejar la CEPAL para volver a España. Traté de convencerlo de que viniera a México, de nuevo a El Colegio, en ese momento de expansión que incluyó la creación del Centro de Estudios Sociológicos, pero sin éxito, pues había razones familiares y otras que lo empujaban a España. Al fin los acontecimientos de los años setenta, y en particular el golpe contra Allende, lo decidieron a establecerse en Madrid.

Fue allí donde nos encontramos, como dije, por última vez.

Estaba decepcionado: los españoles casi no conocían su obra. Entró a colaborar en un centro privado de estudios sociológicos dirigido por Manuel Lizcano. Aquella tarde en el Hotel Wellington, con sabroso café en la mesa, platicamos de muchas cosas. Le volví a insistir en que viniera a El Colegio de México. Me confesó no hallarse en buen estado de salud, y por otro lado sentía una tremenda nostalgia por Chile y la CEPAL, a donde al fin regresó para siempre.

En el Instituto de Cooperación Iberoamericana, de Madrid, se organizó poco después un merecido homenaje a José Medina Echavarría, con participación de Fernando Henrique Cardoso y muchos amigos de América Latina y Europa, y se publicó una antología, con su efigie en la portada. Fue una ocasión emotiva pues, aparte de la admiración, a don Pepe lo queríamos.